

Piensa con frecuencia en la feliz mansion de los bien-aventurados, y siempre que hagas oracion por los difuntos procura disgustarte de esta vida. El pensamiento de la muerte consuela mucho á los que viven cristianamente; lo que nos hace amarga su memoria es el desórden de la vida. Vive bien, sé devoto, ama á Dios, y te parecerá dulce la muerte; sazona todos los gustos de la vida con este saludable pensamiento. Si tuviéramos viva fe, ninguno dejaria de envidiar santamente á los muertos que mueren en el Señor. *Quám sordet terra cùm cælum aspicio!* decia san Ignacio. ¡Qué hedionda me parece la tierra siempre que pongo los ojos en el cielo! Siente tú lo mismo y practicalo.

DIA DIEZ.

SANTA FELÍCITAS Y SUS SIETE HIJOS,

MÁRTIRES.

Por los magníficos elogios que los santos padres tributan á santa Felícitas y por los grandes dictados que le aplican, se deja bastantemente entender que no solo fué una de las mas virtuosas, sino de las mas distinguidas señoras de Roma, así por su calificada nobleza, como por los empleos de su no menos ilustre marido. Floreció hácia la mitad del segundo siglo en tiempo de los emperadores Antonino y Marco Aurelio. Es muy verisimil que tambien fué cristiano su marido, cuando permitió que ella lo fuese y que criase á sus hijos en la fe y en el santo temor de Dios.

Muerto el marido en el año de 160, se persuadió Felícitas que habia el Señor disuelto el lazo que la tenia ligada á su esposo, para ocupar él solo en ade-

T. 7.

P. 222.



STA FELICITAS,
Y SUS SIETE HIJOS MRTS.

lante todo su corazon. Hizo voto de no pasar á segundas nupcias, pareciéndole el estado de la viudez muy propio para santificarse; y renunciando á las galas, al fausto y á la profanidad, se dedicó á copiar perfectamente el retrato de una viuda cristiana que hace el apóstol san Pablo. Desde luego encontró grandes atractivos en la soledad y en el retiro. Pasaba gran parte del día y de la noche en sus devociones; pero como sabia muy bien que la primera de todas ellas debia ser la educacion de sus hijos y el gobierno de la familia, á esta se aplicaba principalmente. Tenia siete hijos, todos de poca edad, Enero, Félix, Felipe, Silano, Alejandro, Vital y Marcial, los cuales, por el cuidado que tuvo su santa madre de criarlos piadosamente, no solo con sus lecciones, sino tambien con sus ejemplos, muy en breve se hicieron unos tiernecitos santos.

Hablábales continuamente del oropel y falsa brillantez de los honores de esta vida, como de la brevedad, vanidad é inconstancia de los bienes caducos y percederos de este mundo, explicándoles frecuentemente la gloria que gozan los bienaventurados en el cielo. ¡Qué dichosos seriais, hijos míos (les decia muchas veces, contándoles lo que padecian en Roma y en otras partes tantos ilustres mártires), qué dichosos seriais vosotros, y qué afortunada madre seria yo, si algun día os viera derramar vuestra sangre por Jesucristo! Las continuas oraciones que hacia por ellos y sus fervorosas palabras inflamaron de manera á aquellas inocentes almas en el deseo de ser mártires, que, cuando se juntaban los siete hermanos, no acertaban á hablar entre sí de otra cosa que del martirio. Yo, decia Enero, soy el mayor de todos, y como tal tengo derecho á dar mi sangre por la fe antes que otro alguno. Aunque nosotros dos seamos los mas pequeños, replicaban Vital y Marcial, no seremos

menos generosos; y si el tirano quisiera perdonarnos por mas niños, levantaríamos tanto el grito diciendo que éramos cristianos, que le habíamos de obligar á no negarnos la corona del martirio. Y los demás, decían los otros, ¿piensan que habíamos de estar mudos? tambien tenemos nuestra lengua, y tambien sabríamos gritar de manera que nos oyesen. Oía la virtuosísima señora con indecible gusto este piadoso desafío de sus hijos y pedia sin cesar al Señor que se dignase escogerlos por sus inocentes víctimas.

Cumpliéronsele muy presto sus deseos. Hacia tanta impresion en los corazones la ejemplar vida de Felicitas y de sus hijos, que no solamente se edificaban y se confirmaban en la fe los cristianos de Roma, sino que hasta los gentiles mismos se admiraban; y persuadidos muchos que no podia menos de ser verdadera aquella religion que profesaban almas tan puras y tan santas, renunciaban sus impías supersticiones y abrazaban el cristianismo. Sobresaltáronse tanto los sacerdotes de los ídolos, que acudieron al emperador Marco Aurelio, el cual se hallaba á la sazón en Roma, y le representaron que no habia que esperar el favor de los dioses inmortales mientras Felicitas y sus siete hijos hiciesen tan alto menosprecio de ellos en medio de la capital del imperio; que así el bien del estado como el honor de su majestad imperial se interesaban mucho en que ya no se sufriese que aquella atrevida familia insultase por mas tiempo la antigua religion de los romanos; y que para aplacar la cólera de los dioses suplicaban á su majestad expidiese sus imperiales órdenes, mandando que aquella señora y sus hijos públicamente les ofreciesen sacrificios.

Intimidado el emperador con esta representacion, y siendo por otra parte muy zeloso de sus supersticiones, dió orden para que la madre y los hijos fuesen arrestados, encargando á Publio, prefecto de Roma,

que les sustanciase prontamente su causa si se resistian á obedecer y á sacrificar á los dioses. En atencion á la nobleza, á la reputacion y á las extraordinarias prendas de aquella señora cristiana, tentó el prefecto todos los medios que pudo para ganarla y para reducirla.

No se puede explicar el gozo de la cristiana heroína y de sus hijos cuando se les intimó de orden del emperador que compareciesen ante el prefecto. Al punto partió Felicitas á casa de este magistrado, el cual la recibió con el mayor honor, y le habló con grande cortesania, diciéndole que el emperador tenia voluntad de colocar á sus hijos en los mas distinguidos empleos como ella y ellos sacrificasen á los dioses del imperio; sin lo cual, añadió, temo que todos seais condenados á los mas crueles tormentos. *Señor, respondió la santa con mucha modestia, pero con igual resolucion, tan poca fuerza me harán los tormentos como las promesas, porque el Espiritu Santo, que habita en mí, fácilmente me puede sacar victoriosa de todos los esfuerzos del infierno. Toda mi confianza la tengo puesta en mi Dios; y como yo y mis hijos le seamos fieles, espero que no nos vencerán ni los suplicios ni los halagos.* Admirado Publio de semejante respuesta, le dijo: *¡Pobre señora, y qué lástima os tengo de que mireis la muerte con esa indiferencia! por lo menos dejad vivir á vuestros hijos. Mis hijos, replicó Felicitas, vivirán eternamente si perdieren la vida por tan buena causa; y desde luego los tendria yo por muertos si por vivir cayeran en la flaqueza de sacrificar á los ídolos.*

Pasó esta conferencia privadamente en casa del prefecto sin formalidad de juicio; pero el dia siguiente se dejó Publio ver en su tribunal del Campo Marcio, y compareció ante él la madre con sus siete hijos, llevando todos vivamente pintada en el semblante la alegría de sus corazones. Movido el prefecto

de la hermosura de todos, se volvió á la madre y le dijo: *¿Es posible que no tengas compasion de esta tierna y bella juventud? Venid, pobrecitos niños, venid, hijos míos, que yo os quiero hacer dichosos. No, sino eternamente desventurados,* replicó prontamente Felicitas con autoridad de madre y con resolucion de heroína; *di que los quieres perder, y hacer infelices por toda la eternidad.* Y volviéndose á los niños, prosiguió diciéndoles con entereza y con alegría: *Hijos míos, ya llegó el día de vuestro triunfo; levantad los ojos al cielo y mirad á Jesucristo, que á cada uno de vosotros presenta una corona. Él derramó su sangre por vuestra salvacion; derramadla vosotros valerosamente por su gloria; no temais la muerte ni los tormentos; haceos dignos del martirio por vuestra constancia, mostraos fieles, y manteneos firmes hasta el último suspiro en la fe de Jesucristo.*

Irritado el prefecto al ver la intrepidez de la santa, mandó que allí mismo le diesen crueles bofetadas en castigo de la libertad y de la osadía con que en su misma presencia se atrevia á exhortar á sus hijos á que fuesen desobedientes á las órdenes del emperador. Hizo despues que se acercasen los hijos, y hablando con el mayor, le dijo: *Sé mas cuerdo que tu madre, y obedece al emperador, sino voy á mandar que te despedacen á azotes, y á condenarte á los mas crueles suplicios. Mi madre fué muy cuerda,* respondió Januario, *y yo seria un insensato si por miedo de tus tormentos me procurase una muerte eterna. ¿Seria cordura desobedecer á mi Dios por obedecer al principe? No temo los azotes ni los suplicios, y espero que Dios me dará gracia para que le sea fiel hasta la muerte.* Al oír el juez tan determinada respuesta mandó que le azotasen cruelmente, y despues le llevasen á la cárcel.

Creyendo el prefecto que encontraria al segundo

mas dócil y menos resuelto, intentó engañarle, haciéndole un largo razonamiento sobre el quimérico poder de sus dioses. Interrumpióle Félix, y le dijo con intrepidez: *No es menester mas que una tintura de razon y de buen juicio para conocer que todos vuestros dioses son puras fábulas. Ten entendido que ni hay, ni puede haber mas que un solo Dios verdadero. Esto es lo que yo creo, y esto es tambien lo que creen todos mis hermanos; no serán capaces todos tus tormentos de alterar nuestra fe, ni disminuir el amor que profesamos á nuestro Salvador Jesucristo, por cuya gloria nos tendremos por dichosos en derramar nuestra sangre y en dar nuestras vidas.* Atónito el prefecto con tan valerosa respuesta, mandó que le tratasen como al primero; y juzgando por la de estos dos la disposicion de los demás, dió orden para que á todos los llevasen á la cárcel, dejando solo en el tribunal á los dos mas pequeños, que por mas tiernos y mas niños creyó serian mas flacos y menos resueltos.

Acariciólos y halagólos, procurando ya engañarlos con promesas, ya espantarlos con amenazas; pero los halló tan bien instruidos y tan determinados como á todos los demás. *No pienses,* dijo el niño Vital, *que porque soy mas pequeño que mis hermanos he de ser menos generoso que ellos. Pues qué,* le preguntó el juez, *¿estás ya cansado de vivir? No, señor,* respondió el niño, *pero estoy pronto á morir antes que sacrificar á los demonios. ¿Y quiénes son los demonios,* replicó Publio? *Los dioses que vosotros adorais,* respondió Vital, *á los cuales querias tú que yo ofreciese sacrificios; pero no te canses, que no lo haré aunque me quites la vida.* Marcial, que era el mas pequeño de todos, mostró una intrepidez y un valor igual al de los demás; y con el miedo de que le perdonasen por tan tierno, gritaba sin cesar: *Yo tambien soy cristiano, tambien tengo horror á vuestros idolos como*

mis hermanos ; yo tambien quiero morir , porque soy cristiano , soy cristiano .

Pasmóse Publio , no pudiendo menos de admirar tanto valor y tanta resolucion en aquella tierna edad. Mandó asegurar en la cárcel á todos los siete hermanos , y pasó á dar cuenta del interrogatorio al emperador , que no quedó menos asombrado ; pero dió orden para que al instante les quitasen la vida. Llenáronse de gozo los santos mártires cuando les intimaron la sentencia , y fueron al lugar del suplicio como al teatro de su triunfo. Januario fué azotado con escorpiones de plomo , y espiró en este tormento ; Félix y Felipe murieron molidos á palos ; Silano fué precipitado ; á Alejandro , Vital y Marcial les cortaron la cabeza. La misma suerte tuvo santa Felicitas , siendo degollada la postrera. Temia tanto , dice san Gregorio , dejar á sus hijos en esta vida , como los padres carnales temen sobrevivir á los suyos. A la gloria de su martirio particular , dice el mismo santo padre en la homilía que predicó de santa Felicitas , se puede decir que añadió al suyo el martirio de sus hijos , y que fué ocho veces mártir.

El mismo dia celebra la Iglesia el triunfo de dos santas virgenes romanas , Rufina y Segunda , hermanas carnales hijas de Asterio y de Aurelio , de ilustre sangre , y ambas mártires. Fueron criadas en la religion cristiana , y eran muy conocidas en Roma por su virtud y por el zelo de la religion , cuando sus padres las desposaron con dos caballeros romanos , Armenario y Verino , que tambien hacian profesion de cristianismo ; pero habiéndose encendido la persecucion en tiempo del emperador Valeriano , nuestros dos desposados caballeros apostataron de la fe ; lo que causó tanto horror á Rufina y á Segunda , que resolvieron no tener mas esposo que á Jesucristo , y desde luego hicieron voto de perpetua virginidad. Supieronle

los dos apóstatas , y las denunciaron por cristianas á Donato , prefecto de Roma. Mandólas este prender ; y no perdonó diligencia alguna para derribarlas de la fe y combatir su constancia. Dijoles que era cosa indigna de unas doncellas tan nobles y tan ilustres incurrir en los delirios de una religion , que solo era buena para criar viles esclavos. *Mal conocéis , señor , nuestra religion ,* le respondió Rufina , tomando la palabra : *en ella solo se goza de una santa libertad , porque ella sola nos libra de la esclavitud de nuestras pasiones , y nos conduce á una felicidad eterna.* Desconfiando el prefecto de reducirla con sus largos razonamientos , hizo llamar á su hermana Segunda , y en su presencia mandó golpear cruelmente á Rufina. Tan lejos estuvo aquella de intimidarse en vista de esta crueldad , que dijo al prefecto : *¿ Qué razon tenéis , señor , para honrar tanto á mi hermana , y para excluírme á mi de la misma honra ? A lo que veo (respondió el juez) tan loca eres tú , como tu hermana. No somos locas (replicó Segunda) , pero somos cristianas ; y pues en ambas hay la misma causa , parece justo que ambas logremos la dicha de padecer por Jesucristo. ¿ Qué dicha es (exclamó Donato) sufrir tormentos y perder la vida ? Muy grande (respondió la santa) , porque cuantos sean los tormentos , tantas serán las coronas ; y lo que llamaís perder la vida , es el origen de una eterna felicidad.* Advirtiéndole el prefecto que el pueblo se conmovia con aquel espectáculo , dió sentencia de que fuesen degolladas , y así se ejecutó el dia 10 de julio , el mismo en que ocurrió el martirio de santa Felicitas y de sus hijos ; pero no en el mismo año , porque estos recibieron la corona hácia el año de 164 , y aquellas por los de 257.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Roma , el martirio de los siete santos hermanos Januario , Félix , Felipe , Silvano , Alejandro , Vital y

Marcial, hijos de santa Felicitas, tambien mártir, muertos en tiempo del emperador Antonino, por orden de Publio, prefecto de la ciudad. Enero, despues de haber sido puesto en la cárcel y azotado con plomadas, espiró en aquel tormento; á Félix y á Filipo los mataron á palos; Silvano fué despeñado; y decapitados Alejandro, Vital y Marcial.

Tambien en Roma, las dos santas hermanas Rufina y Segunda, vírgenes y mártires, que, despues de haber sido atormentadas de diferentes maneras, murieron, la una de un tajo en la cabeza, y la otra degollada. Sus cuerpos se conservan con los debidos honores en la basílica de San Juan de Letran, cerca del bautisterio.

En Africa, los santos mártires Enero, Marino, Nabor y Félix, que fueron decapitados.

En Nicópolis en Armenia, los santos Leoncio, Mauricio, Daniel y compañeros, que, habiendo sufrido diferentes tormentos bajo el emperador Lezino y el presidente Lisias, fueron arrojados al fuego, terminando así su martirio.

En Pisidia, san Bianor y san Silvano, mártires, quienes, despues de haber padecido indecibles tormentos por el nombre de Jesucristo, orlaron sus venerandas cabezas con la corona del martirio.

En Yerna, san Apolonio, mártir, que terminó en una cruz su ilustre combate.

En Gantes, santa Amelberga, vírgen.

En Nantes, san Pascario, obispo, que distribuyó su patrimonio á los pobres.

En Fescan, en las fronteras del Artois y de Picardía, san Ze, irlandés.

En Saint-Jouin de Marnes en el Poitou, san Gene-roux, abad de dicho lugar.

En Brisach en Alsacia, san Udalrico, monje, escritor de las constituciones de Cluni.

En Lens en el Artois, el venerable Pacifico, de la orden de san Francisco, titulado Bienaventurado en la lápida de su sepulcro.

En Heliópolis en Egipto, san Isidoro, mártir.

En Verona, santa Tusca, vírgen.

En Moscovia, san Pezerski, monje y sacerdote.

La misa es del comun de los mártires, y la oracion la siguiente.

Præsta, quæsumus, omnipotens Deus, ut qui gloriosos martyres fortes in sua confessione cognovimus, pios apud te in nostra intercessione sentiamus. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

Concédenos, ó Dios omnipotente, que los que celebramos la fortaleza de tus invictos mártires en la confesion de tu fe, experimentemos la eficacia de su intercesion. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 31 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia VIII, pág. 193.

NOTA.

« Ya se ha dicho en otras partes que esta epistola » está sacada de los proverbios de Salomon, que son » sin duda lo mas bello y lo mas importante de sus » obras. Son, dice un autor moderno, como una » quinta esencia de aquella divina sabiduria que » ilumina el entendimiento, dándole un claro y noble » conocimiento de la virtud cristiana, siendo ella » misma la única sabiduria verdadera. La palabra » *Proverbios* no solo significa máximas y sentencias, » sino tambien parábolas y enigmas, que se usaban » mucho en tiempo de Salomon, y los mayores sabios » los empleaban muy á menudo. »

REFLEXIONES.

Levantáronse sus hijos, y llenáronla de bendiciones. No hay mejor testimonio de la virtud de una madre

ni panegírico mayor, que las bendiciones de los hijos. Este reconocimiento es fruto de la buena educación que recibieron de ella. Pero ¿son muchos en el día de hoy los hijos que puedan con verdad expresar este reconocimiento? ¿son muchas las madres que dan una cristiana educación á sus hijos? Apenas nacen los mas cuando los echan fuera de casa. Criados y educados fuera de la casa paterna miran á sus padres como á extraños, y no es posible que los miren de otra manera. Calla en los niños la naturaleza, porque no se la enseñó á hablar; ni en los padres puede ser muy vivo el amor á unos hijos que apenas saben si tienen padres. ¡Y nos admiramos despues de que los hijos salgan tan ingratos, extrañando que las mayores desazones de las familias las causen los mismos parientes! ¿Quién ha de inspirar á un hijo aquella respetuosa docilidad, aquella rendida obediencia, aquel tierno y amoroso respeto á un padre y á una madre que apenas conoce? Todo el amor del niño es al ama que le da leche, pues no conoce á otra madre; no sabe quiénes son sus padres hasta que se lo dicen. Y entonces, ¿qué educación se les da? La que quiere una aya, una criada ó un ayo desconocido, cuyo genio, inclinaciones y costumbres se ignoran enteramente; gentes muchas veces de pocos alcances y de costumbres perversas. En estos se descansa, y en ellos se descuida de la mas esencial obligación que tienen los padres, que es la educación de los hijos. Pero supongamos que los mismos padres sean los mejores maestros para dar á sus hijos una cristiana educación; los niños mas fácilmente imitan lo que ven, que retienen lo que oyen. Un padre colérico, ¿cómo corregirá las fogosidades y los impetus de un hijo poco sufrido? Una madre jugadora, distraida y derramada, ¿cómo inspirará á su hija el debido horror al juego, al desahogo y al esparcimiento?

Los hijos, por decirlo así, imponen á los padres una nueva obligación de ser ejemplares en todo. En un padre de familias no hay defecto que no sea un escándalo; los vicios de los padres son modelos, y no lo son tanto las virtudes. La salvacion de los padres está en cierta manera pendiente de la salvacion de los hijos; son responsables de todos los pecados de estos, los que tienen su origen en la mala educación. ¿De dónde nacen los espantosos desórdenes de la juventud? ¿de dónde aquella falta de religion? ¿de dónde la licencia de las costumbres, el exceso de impiedad, la escandalosa disolucion? Atribuimos regularmente esos torrentes de maldad y esos desórdenes al impetu desenfrenado de la edad y al hervor de la sangre. La causa mas natural y la mas ordinaria es la falta de educación. No atribuyamos, pues, á otras causas las discordias de las familias, los desvergonzados desprecios de la autoridad paterna, las descaradas inobediencias y las indecibles ingratitudes de los malos hijos. ¡Oh, qué cuenta se ha de dar á Dios de esta descuidada educación! Aquel hombre de vida al parecer arreglada, quizá será condenado porque tuvo hijos perversos y mal criados.

El evangelio es del cap. 12 de san Mateo.

In illo tempore, loquente Jesu ad turbas : Ecce mater ejus et fratres stabant foris, quærentes loqui ei. Dixit autem ei quidam : Ecce mater tua, et fratres tui foris stant quærentes te. At ipse respondens dicenti sibi, ait : Quæ est mater mea, et qui sunt fratres mei? Et extendens manum in discipulos suos, dixit : Ecce mater mea et fratres mei. Qui-

En aquel tiempo hablando Jesus á las turbas : Hé aqui que su madre y sus hermanos estaban fuera solicitando hablarle. Dijo uno : Mira que tu madre y tus hermanos están fuera buscándote. Pero él, respondiendo al que le hablaba, le dijo : ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo la mano hácia sus discipulos, dijo : Hé aqui mi madre

cumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse meus frater, et soror, et mater est.

y mis hermanos. Porque cualquiera que hiciera la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

MEDITACION.

LA VIRTUD CONSISTE PRINCIPALMENTE EN HACER EN TODO LA VOLUNTAD DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que, hablando con propiedad, no hay virtud verdadera sino la virtud cristiana; y no hay virtud cristiana, sino en cuanto se conforma con la voluntad de Dios. Cualquiera accion que parezca virtuosa, si le falta esta cualidad, solo es una virtud material; no tiene mas que el nombre y la apariencia, pero no el mérito ni la gracia sobrenatural de verdadera virtud. Obras de misericordia, limosnas, actos de humildad, ejercicios de mortificacion, el mayor zelo, todo esto engaña; pero si no es eso lo que Dios quiere y lo que pide Dios de la persona, todo ello no es mas que una máscara de virtud. *Quare jejunavimus, et non aspeexisti?* ¿Porqué ayunamos, podrán decir, y ni siquiera te dignaste volver los ojos hácia nuestros ayunos? *Quare humiliavimus animas nostras, et nescisti?* ¿Porqué nos humillamos, y no hiciste aprecio de nuestras humillaciones? Porque en los ayunos hicisteis vuestra voluntad, y no la mia. *Ecce in die jejunii vestri invenitur voluntas vestra.* ¡Mi Dios, y qué admirable leccion es este oráculo del Profeta para tantos y para tantas, que en el ejercicio de las buenas obras y en su imaginaria devocion solo consultan su inclinacion á la impetuosa actividad de su genio! *Estos me dirán, Señor, Señor, y no entrarán en el reino de los cielos, dice el Salvador del mundo; pero aquellos*

entrarán en él, que hicieren la voluntad de mi Padre celestial. ¿Quién habla? El mismo Jesucristo. ¿Será menester otro testimonio mas claro ni mas decisivo para curar nuestra ilusion? Es este defecto comun en muchas personas devotas, que no hallan gusto en la virtud sino en cuanto se conforma con su natural y con su genio; desaprobándose lo que ellas desean, todo es disgusto y todo es sequedad. El gran móvil de todas sus buenas obras y de todas sus devociones es la voluntad propia. Brilla, hace gran ruido su zelo; pero si toda la actividad de su zelo no reconoce otro impulso que el de la propia voluntad, ¿qué virtud ni qué mérito tendrán todas esas maravillas, todo ese ruido, ni todos esos trabajos? Muchos me dirán en aquel dia: *Señor, Señor, ¿pues no profesizamos en vuestro nombre? ¿no lanzamos en vuestro nombre los demonios de los cuerpos? ¿no hicimos muchos milagros? Y yo les responderé: Nunca os conoci, porque siempre hicisteis obras de iniquidad.* Así califica el Hijo de Dios las imaginarias obras buenas, que son partos de la propia voluntad. ¡Mi Dios, y qué extendido se halla este error aun entre aquellas personas que hacen profesion de la mayor penitencia! Dicese que solo se desea hacer lo que Dios quiere; pero esto se entiende cuando solo quiere Dios lo que nosotros queremos. ¿Puede haber ilusion mas perniciosa, ni mas grosera?

PUNTO SEGUNDO.

Considera el verdadero sentido y la fuerza de aquellas palabras del Evangelio: *Aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre.* Sin este distintivo no nos reconoce Jesucristo; sin esta señal no hay verdadera virtud; como haga yo la voluntad de Dios en lo que hago, sea lo que fuere, no puedo dejar de agradarle.

Este es el secreto para llegar á la mas eminente santidad. ; Mi Dios, y de cuánto consuelo es esta verdad ! Ya me vea elevado, ya abatido ; ya sea el hombre mas opulento, ya sea el mas miserable ; ya goce salud, ya esté cargado de achaques ; ya me coloque Dios en algun empleo, ya me deje arrinconado como un siervo inútil ; si estoy donde quiere Dios, si hago lo que quiere, y me porto como quiere, no puedo hacer cosa mejor ; nada tengo que desear para mi salvacion ; tengo el consuelo de saber que, por poco, por despreciable y por vil que sea lo que hago, desde el mismo punto en que quiere Dios que lo haga, esa misma accion tan vil y tan despreciable es en mi una gran virtud, á la cual tiene Dios aligada una recompensa eterna, como esté mi alma en la debida disposicion para merecerla. Nadie, pues, imagine que para ser santo es menester hacer cosas extraordinarias ; se engaña mucho en eso ; no es menester hacer mas que lo que Dios quiere, cuando lo quiere, y como lo quiere. Hállase uno enfermo, y sin poder hacer cosa alguna ; asi lo quiere Dios : ves ahí un gran motivo de consuelo y un gran fondo de merecimientos ; te seria pernicioso la salud, y el trabajar te perderia. Estás pobre y lleno de contratiempos ; asi lo quiere Dios : la prosperidad seria tu mayor desgracia, y la abundancia el origen de tu condenacion ; Dios te ha puesto en ese estado, y debes vivir tranquilo. Bien puede ser que te pares en el camino, y que de esa manera nunca llegues al término, pero, como andes por él sin detenerte, está cierto de que no te descaminarás. Con verdad se puede decir que el rendimiento y la conformidad con la voluntad de Dios caracterizan á todos los santos. Grande error es el de aquellos imaginarios devotos, que, con pretexto de zelo, de obras de caridad y de devocion, nunca hacen mas que lo que se les antoja ; esclavos de su propia voluntad no reconocen otra

guia ; ciegos con la ilusion tienen por efecto de la gracia la satisfaccion que sienten en hacer su gusto. ; Mi Dios, qué dolor y qué remordimientos causará en la hora de la muerte esta voluntaria ilusion !

No permitais, Señor, que yo lo experimente en aquella hora : haced que de aquí en adelante vuestra divina voluntad sea regla de la mia, y que nunca quiera sino lo que vos quereis.

JACULATORIAS.

Fiat voluntas tua, sicut in celo et in terra. Matth. 6.
Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.

Pater, non quod ego volo, sed quod tu. Marc. 15.
Padre mio celestial, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.

PROPOSITOS.

1. Todos somos siervos del Padre de familias, y estamos en su servicio para hacer lo que nos mande, y nada mas. ¿ Tendria ninguno en su casa por mucho tiempo á un criado que no quisiese hacer mas que su gusto ? Demos que fuese trabajador, mañoso y fiel ; no importa : quiérese un criado dócil y obediente ; no se estima nada de cuanto hace contra la órden de su amo. Concluye de aquí que toda la virtud y todo el mérito consiste en hacer la voluntad de Dios. Nunca tengas mas devocion que esta, ni jamás te ejercites sino en aquello que Dios quiere ; siempre que le pidas algo, añade aquellas palabras del Salvador : *Verumtamen non sicut ego volo, sed sicut tu* ; pero en todo caso, Señor, que no se haga como yo lo quiero, sino como vos lo quereis. En todo lo que haces, procura tener el dulce consuelo de poder decir : *Hago lo que Dios quiere* ; y ten presente que la propia voluntad es aquel gusano que roe y seca la yedra, á cuya som-

bra descansaba el profeta Jonás. Desconfía de ti mismo, y de todo cuanto hicieres por tu eleccion y por tu gusto; no te dejes engañar; mira que es triste cosa no conocer la ilusion hasta la hora de la muerte.

2. No se puede enseñar devocion mas provechosa, que aconsejar á todos recen cada día la oracion siguiente, sacada del admirable libro *de la imitacion de Cristo*, libro 3, cap. 15.

« Tú, Señor, sabes lo que es mejor; hágase esto ó aquello, como quisieres; dame lo que quisieres, cuanto quisieres y cuando quisieres; haz de mí como sabes, como mas te agradare y como fuere mayor honra tuya; ponme donde quieras, y haz libremente conmigo en todas las cosas. En tu mano estoy: vuélveme y tórname al rededor como te pareciere. Siervo tuyo soy, y á todo estoy dispuesto, porque no deseo vivir para mí, sino para ti; ojalá que sea digna y perfectamente. Dame que siempre desee y quiera lo que fuere mas acepto á tí y mas agradable. Hágase tu voluntad, y mi voluntad siga siempre á la tuya, y se conforme perfectamente con ella. Sea en mí un mismo querer y no querer contigo, y que no pueda querer, ni no querer, sino aquello que tú quieres, y no quieres. »

DIA ONCE.

SAN PIO, PAPA Y MÁRTIR.

En tiempo del emperador Antonino Pio, hácia la mitad del segundo siglo, terminó gloriosamente su carrera con la corona del martirio el papa san Higinio; y habiendo vacado la sede apostólica tres dias, los fieles, cuyo número era ya en Roma muy crecido,

T. 7.

P. 238.



S. PIO, PAPA Y M.